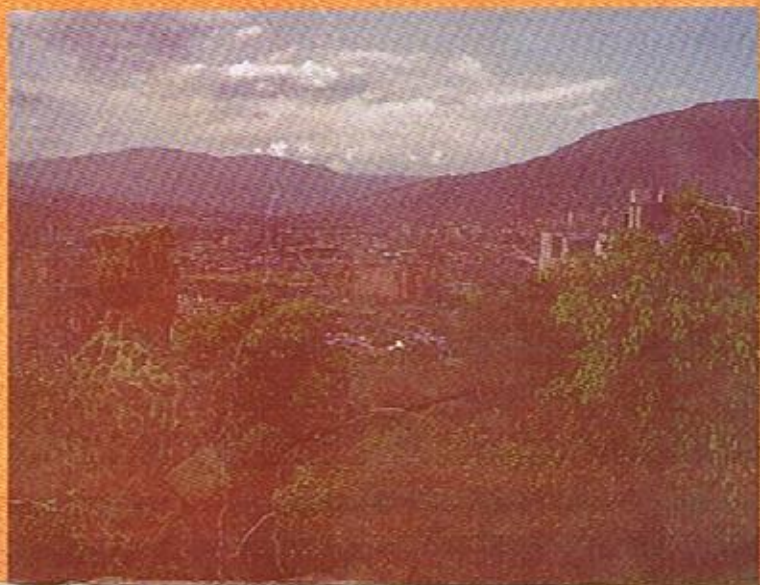


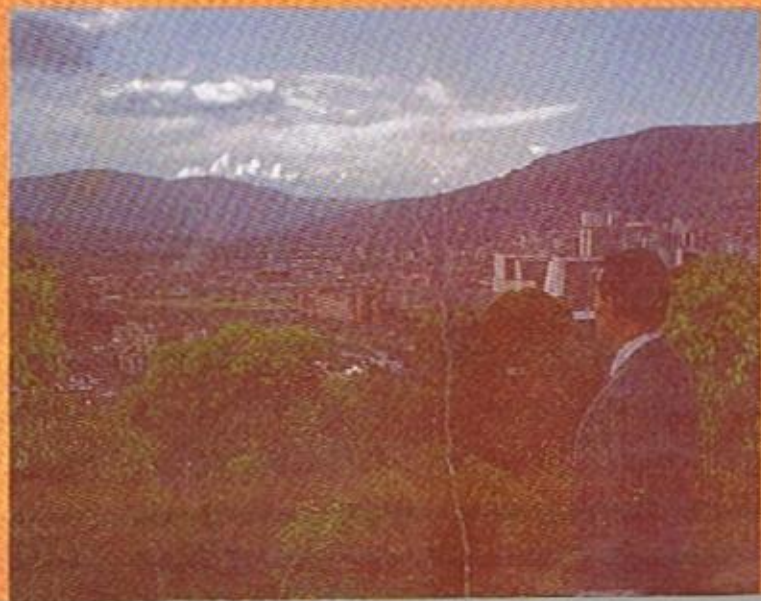
Coronel (r) Augusto Babamón Dussán

MI GUERRA EN MEDELLIN



El nombre del coronel (r) Bahamón Dussán anduvo de boca en boca cuando se produjo la controvertida visita del guardameta René Higueta a Pablo Escobar en la cárcel especial de Envigado. El oficial no era sin embargo un desconocido. El país ya sabía de él por su destacada carrera militar.

En *Mi guerra en Medellín*, Bahamón Dussán no sólo aclara el escandaloso incidente de la visita de Higueta, sino que testimonia sobre las sangrientas jornadas que vivió esta ciudad en la guerra narco-terrorista más violenta que se conozca en el país. El libro es un documento valioso en el que se narran las trágicas circunstancias de esta lucha y las angustias de las gentes de Medellín y de Antioquia que han soportado esa dura prueba.



El coronel (r)
Augusto Bahamón
Dussán nació en
Pitalito (Huila) en 1946.
Ingeniero militar e indus-
trial y director de la Escuela
de Ingenieros del Ejército de
Colombia, fundó el Batallón
de Ingenieros Pedro Nel
Ospina, del cual fue primer
comandante. También fue
profesor de la Academia de
Guerra del Ejército de Chile
y de varias universidades
colombianas. Es autor del
libro *Colombia, geografía y
destino. Una visión
geopolítica de las regiones
naturales*. Actuando como
jefe del Estado Mayor de la
Cuarta Brigada, en Medellín,
le tocó vivir la más violenta
guerra contra el
narcotráfico. Se retiró
voluntariamente del servicio
en julio de 1991 ■

Mama Coca
El Papel de la Coca
WWW.MAMA-COCA.ORG

Indice

Capítulo 1	El bus loco	11
Capítulo 2	El barrio Aranjuez	26
Capítulo 3	El campamento de refugiados	39
Capítulo 4	La pesebrera "La Berraquera"	49
Capítulo 5	Los militares y el narcotráfico	57
Capítulo 6	La emboscada del río Calderas	74
Capítulo 7	La generación del no futuro y la cultura de la muerte	83
Capítulo 8	Se venden niños por partes	88
Capítulo 9	Los carros-bombas	96
Capítulo 10	La guerra los policías	104
Capítulo 11	¿Matanza en el estadio?	109
Capítulo 12	Una guerra sin estrategia	116
Capítulo 13	Los héroes de Tarazá	125
Capítulo 14	Las milicias populares	130
Capítulo 15	La cárcel de Arenales	136
Capítulo 16	El caso Higuita	143
Epílogo		151

Capítulo 5

Los militares y el narcotráfico

*"Los militares no tienen más domicilio
que sus banderas."*

Manual de las guerrillas del Llano

El 14 de abril de 1990, poco tiempo después de iniciada la ocupación de Envigado, apareció el cadáver del mayor retirado Oscar Castaño Maya con cinco impactos de pistola en la cabeza. El cuerpo se hallaba en un vehículo abandonado en las colinas de El Poblado. La noticia causó conmoción en la Brigada. Unos años antes, Castaño había sido uno de los oficiales estrellas de esta guarnición. Como comandante de las Fuerzas Especiales del Ejército en el Caquetá, había sido uno de los pocos sobrevivientes de una de las más cruentas emboscadas tendidas por las FARC contra nuestras tropas. Castaño había ganado celebridad entre los altos mandos a raíz de una operación que él comandó en el río Orteguzza y que concluyó con el decomiso de los fusiles que el M-19 había llevado hasta la selva en un avión de Aeropesca que había acuatizado en el río. Varios de sus antiguos compañeros fueron enviados a El Poblado para que ayudaran a reconocer el cadáver.

Cuando supe la noticia me dio tristeza. Después recordé muchas cosas de la vida del oficial. Castaño había sido uno de los alumnos más destacados de la Escuela Militar cuando yo era teniente y tenía bajo mi mando un pelotón de alféreces. El muchacho era entonces un estudiante tan brillante que había sido designado por mis superiores como mi segundo al mando en el pelotón. El muchacho tenía una historia triste: su padre lo había abandonado antes de su nacimiento y a la hora de registrar legalmente el nombre del niño ni siquiera le dio sus apellidos. Por esta causa, cuando los superiores de la Escuela revisaron su hoja de vida y sus documentos, el alférez tuvo problemas para ser admitido en el curso siguiente, ya que por esa época en la Escuela Militar, por reglamento, no se admitían hijos naturales. El acudió a mí y yo traté de ayudarlo. El caso fue resuelto favorablemente una vez que Castaño consiguió un señor que lo reconoció legalmente como hijo, aunque no era su padre, y le dio su apellido. De esta forma pudo continuar sin tropiezos su carrera de oficial.

Mi actuación despertó en el corazón del joven un sentimiento de gratitud que nunca se borró. Poco tiempo después pude comprobarlo, cuando estuvimos juntos en un lugar de la Escuela, durante varios días, investigados con otros tres alféreces por un incidente baladí que yo mismo había provocado sin darme cuenta. El asunto empezó con unos papeles de propaganda comunista que aparecieron sobre mi escritorio de profesor de la Escuela. Yo distinguí su procedencia de inmediato porque por esa época me encontraba estudiando ingeniería industrial en la Universidad Incca, donde la influencia del partido comunista era entonces muy notoria. Como no le di mucha importancia al asunto, que más bien me parecía producto de una broma de algún compañero, le

entregué los papeles al capitán López, comandante de la compañía. El capitán, para hacer méritos, se los llevó personalmente al general José Joaquín Matallana, comandante de la Escuela Militar. Él ordenó una investigación disciplinaria y yo fui implicado con cuatro alumnos más. En la investigación no se comprobó ninguna irregularidad de parte nuestra pero las sospechas recayeron casi todas en el alférez Castaño. A partir de entonces, los superiores de la Escuela lo tuvieron "entre ojos" Como profesor de mi pelotón, en mi calidad de teniente, yo les dictaba a los muchachos clases de historia militar, topografía y cartografía. Al finalizar el curso, uno de los oficiales me solicitó que le rebajara las calificaciones al alférez Castaño porque, dado su desempeño, muy seguramente iba a ocupar el primer puesto en la promoción y el mando no quería que eso sucediera con un alumno como él. Castaño, según ellos, no podía convertirse para sus compañeros en un modelo a seguir. Yo me negué a hacerlo y dije que Castaño era el mejor estudiante y, por lo tanto, merecía de su profesor las calificaciones más altas. Mi superior se dirigió entonces a otro profesor de la Escuela con la misma solicitud. Este accedió. Castaño ocupó oficialmente el cuarto puesto de la promoción pero entre sus compañeros y sus profesores todos sabíamos que su verdadero puesto era el primero.

Después del asunto de las calificaciones, no volví a verlo hasta que vine a Medellín como comandante del Batallón de Ingenieros Pedro Nel Ospina. Para entonces, Castaño ya era capitán y se había convertido en una celebridad dentro del Ejército por su actuación valerosa en el Caquetá y, sobre todo, por la operación de decomiso de los fusiles del M-19 en el río Orteguzá. Por ambas acciones, consideradas actos de valor, fue distin-

guido en dos oportunidades con la Medalla de Servicios Distinguidos.

Castaño había sido trasladado a Medellín en 1985 junto con el mayor Henry Villegas Lopera y el teniente coronel Lino Correa. A todos ellos los unía el deseo de continuar haciendo méritos profesionales para seguir ascendiendo en el escalafón del Ejército. Castaño aún era muy joven pero ya se había casado con una muchacha, también joven como él, y además muy atractiva. La pareja llevaba una vida aparentemente feliz. Sin embargo, las permanentes ausencias del hogar, comunes en la vida de cualquier oficial del Ejército, comenzaron a minar su relación con la muchacha. Durante las ausencias, ella empezó a buscar la compañía de otro oficial de la Brigada que no tenía tanto trabajo como Castaño y que permanecía más tiempo en la ciudad. El asunto se convirtió en un escándalo y Castaño fue llamado a un Tribunal Disciplinario.

En cualquier sociedad el marido ofendido tiene derecho a cobrar su honor. En el Ejército, no. La regla de oro de la milicia se le repite a cada oficial con insistencia: el militar es responsable de lo que su familia haga o deje de hacer. Del Tribunal Disciplinario salió un Castaño con la orden de escoger entre su familia o su vida militar. Su familia, según los superiores, era indigna y él debía repudiarla. La orden fue perentoria: si él no lo hacía con ella, la institución lo haría con él. La oficialidad no le perdonaba a Castaño que su esposa hubiera puesto a la institución en boca de todos.

Pocos días después, Castaño decidió perdonar a su mujer y optar por su familia. Según me lo dijo personalmente durante una comida en casa de uno de sus amigos, para él era más importante el futuro de sus dos pequeñas hijas que su propio futuro.

¿A
problema
pedido
ñero de
acudió
antioque
muy ter
ble con
y come
años de
cambio
dólares.
cito. Re
cuentas
Castaño
coca.

Par
hombre
los cart
estaba b
tuviera
que no s
fatiga, q
las arma
mejor p

La
dejó mu
días des
Castaño
organiz
de Cór
Urabá,
En esa
de lider

¿Ahora qué hacer? Castaño tenía la cabeza llena de problemas y el bolsillo sin un centavo. Y además había pedido la baja y se la habían concedido. Sólo su compañero de la Escuela Militar, Orlando Restrepo Vélez, acudió en su ayuda y le tendió la mano. Restrepo era antioqueño y cuando ascendió a oficial se dio cuenta muy temprano de que la profesión militar era incompatible con sus ansias de riqueza. Entonces decidió retirarse y comenzó a trabajar en un banco. En menos de cuatro años dejó de ser empleado y compró una agencia de cambio de moneda en la que se dedicó a ganar lavando dólares. Por la época en que Castaño se retiró del Ejército, Restrepo tenía ya varias casas, fincas, vehículos y cuentas bancarias. Rápidamente Restrepo relacionó a Castaño con algunos de los principales barones de la coca.

Para ellos, Castaño se convirtió muy pronto en un hombre clave ya que acababa de empezar la guerra entre los carteles de Medellín y Cali. El cartel de Medellín estaba buscando un hombre valiente e inteligente, que tuviera don de mando, que supiera organizar un ejército, que no se asustara con misiones difíciles, que soportara la fatiga, que dominara los nervios y que fuera diestro con las armas y con el uso de explosivos. ¿Quién, entonces, mejor para ellos que el mayor Castaño?

La aparición del cadáver de mi antiguo alumno me dejó muy desmoralizado. Pero más triste aún me dejó días después la noticia sobre las causas de su muerte: Castaño había formado parte de las "autodefensas" que organizó Fidel Castaño en el norte de Antioquia y el sur de Córdoba, responsables de numerosas masacres en Urabá, el nordeste antioqueño y la costa norte del país. En esa organización, gracias a su valor y a su capacidad de liderazgo, alcanzó el segundo lugar en el mando,

¿Qué hacer? Alguien tenía que brindarle ayuda. Esta vez también apareció, al igual que en el caso del oficial Castaño, Orlando Restrepo Vélez. El antiguo compañero de la Escuela Militar le abrió los brazos y lo relacionó con la misma gente que un tiempo antes le había dado trabajo al mayor Castaño.

Hace tiempos no se oye hablar del mayor Villegas, de "Pelusa", como le decíamos todos cariñosamente. Según algunos amigos, estuvo trabajando con la mafia durante algunos años y después encontraron su cadáver, al igual que el de Castaño, botado en la carretera a Las Palmas. Durante el tiempo que permaneció vivo después de abandonar las filas del Ejército, Villegas ocupó el cargo de jefe de seguridad del cartel de Medellín y, en especial, de Pablo Escobar Gaviria. Luego le prestó sus servicios a Jorge Luis Ochoa. Ante una información recibida por el cartel que lo señalaba como agente doble, Pablo Escobar Gaviria ordenó un interrogatorio. El mayor mostró nerviosismo. La gente del cartel juzgó sospechosa su actitud y lo acusó de devolver información confidencial a la Cuarta Brigada. Así cayó en desgracia ante los mafiosos el mayor Villegas.

Lino Correa era un oficial de mayor proyección que Castaño y que Villegas. Era apuesto, tenía "pinta" y además era muy inteligente. Se veía fácilmente que tenía más futuro que el resto de sus compañeros. Como oficial, había estado sirviendo con el Batallón Colombia en la península del Sinaí, en el Medio Oriente. Al joven oficial le gustaban los caballos y su hijo Jaime le heredó esta vocación. Ambos ya habían participado con éxito en varios concursos internacionales. Pero qué mala suerte,

qué frus
cada vez
naba de
después
gencia d
antioque
bianos. E
las puert
cualidad
A partir
que pasa
Cor
muchach
reunione
espíritu
posible.
encargó
Cor
notar que
tas extra
poco ner
tarse. Al
una pers
Lino crey
un sano i
no imagi
A pe
dose muy
Buena pa
hijo: si Ja
el tiempo
en una im
cia de la
puesta qu

qué frustración: la equitación era demasiado costosa y cada vez que Jaime, su hijo, debía concursar, Lino terminaba debiéndole una vela a cada santo. Sin embargo, después de su traslado a Medellín como oficial de inteligencia de la Cuarta Brigada, él se dio cuenta de que los antioqueños eran más amplios que el resto de los colombianos. En muy poco tiempo los clubes le abrieron todas las puertas y no solamente le reconocieron a su hijo las cualidades que tenía sino que empezaron a patrocinarlo. A partir de ese momento, la familia del oficial no tuvo que pasar más estrecheces económicas.

Con el apoyo de los clubes hípicas de Medellín, el muchacho pudo conseguir su propio caballo. En las reuniones sociales, Lino decía que si no fuera por el espíritu deportivo de los antioqueños eso no habría sido posible. El club que patrocinó a su hijo también se encargó de costear el sostenimiento de su caballo.

Con el paso del tiempo, el coronel Correa empezó a notar que los patrocinadores de su hijo le hacían preguntas extrañas, algunas bastantes curiosas. Esto lo puso un poco nervioso. ¿Pero qué hacer? Él decidió no inquietarse. Al fin y al cabo, pensó, el antioqueño es también una persona muy preocupada por los temas militares. Lino creyó que las preguntas eran apenas la muestra de un sano interés por la milicia. Y decidió cerrar los ojos y no imaginarse cosas que para él no venían al caso.

A pesar de estos problemas, Lino continuó sintiéndose muy bien, anímica y profesionalmente, en Medellín. Buena parte de su felicidad provenía de la felicidad de su hijo: si Jaime estaba realizado, él también lo estaba. Con el tiempo, las respuestas a las preguntas se convirtieron en una imposición. Como Lino era el oficial de inteligencia de la Brigada sabía muchas cosas y cualquier respuesta que daba, por vaga que fuera, era valiosa para los

narcotraficantes, sobre todo si era oportuna. Los capos sabían que en la Brigada no se movía una sola hoja sin que Lino no lo supiera. De este modo, el oficial terminó convertido en un informante efectivo y oportuno de todos los movimientos que planeaba el Ejército.

¿Qué iba a pasar con su vida? Nadie, ni siquiera él mismo lo sabía.

Por esa época, todas las operaciones para capturar a Pablo Escobar, por sorpresivas que fueran, fracasaban. Cuando la tropa llegaba a los refugios donde él se escondía, hacía apenas unas horas que el capo había abandonado el lugar. Después de la ocupación de la finca El Bizcocho, en las colinas de El Poblado, y del nuevo fracaso de la operación de captura de Escobar, el general Jaime Ruiz Barrera, entonces comandante de la Brigada, pensó que solamente podía haber una razón para explicar lo sucedido: en la Brigada había un infidente que le pasaba información a los narcotraficantes. El general Ruiz Barrera estudió los posibles responsables y ordenó grabar secretamente las llamadas telefónicas de algunos oficiales. A los pocos días, Lino cayó en la trampa y apareció dando una información confidencial a uno de los lugartenientes de Pablo Escobar. Entonces fue llevado a un Tribunal Disciplinario y se le retiró del servicio. Dicen sus amigos que han visto a Lino con vida, que trabaja con el cartel de Medellín y que aún no ha caído en desgracia.

La muerte del mayor Castaño y los lfos de los demás oficiales, casi todos alumnos de mi grupo en la Escuela Militar, me enseñaron muchas cosas sobre el narcotráfico y su relación con nosotros, los militares. Una de ellas

es que la
como un
de Escol
organiza
imprimi
nando as
gencia e
tando lo
perfecta
Ellos ten
la ambic

Pier
un Corro
trabajo i
con disci
aunque
para esta

A lo
colombi
tenido op
vidad, in
algunos
personal
Uscátegr
ambos o
Rodríguez
rrado un
nadie, cr
envuelto
por vario
ron el pa
más de u
noce su p
algún pa

es que la mafia colombiana si bien nació y se organizó como un poder alrededor de familias y grupos como los de Escobar y los Ochoa, no debe a esto su fuerza como organización. La debe a la organización militar que supo imprimirse. Un Castaño planeando acciones y entrenando asesinos a sueldo, un Lino Correa haciendo inteligencia e infiltrando los altos mandos y un Villegas ejecutando los planes, conformaban la máquina militar más perfecta que hubieran podido soñar los narcotraficantes. Ellos tenían todas las virtudes de los militares, sumada a la ambición de los antioqueños.

Pienso que cuando falte un Castaño, un Villegas o un Correa, los sucederán otros militares que harán el trabajo igual o mejor, y además barato. Y lo que es mejor: con discreción, porque los militares, dada su formación, aunque estén retirados, sienten vergüenza de trabajar para esta clase de personas.

A lo largo de la lucha que ha emprendido el Estado colombiano contra el narcotráfico, los militares hemos tenido oportunidad de conocer, por nuestra misma actividad, importantes secretos de los narcotraficantes. Y algunos oficiales se han beneficiado de ello en forma personal. Tal es el caso del mayor Pacheco y el capitán Uscátegui. En los primeros días de agosto de 1990, ambos oficiales fueron hasta el lugar donde Gonzalo Rodríguez Gacha, mucho antes de morir, había enterrado una considerable suma de dólares. Sin decir nada a nadie, encontraron el tesoro y lo trasladaron a Bogotá, envuelto en costales. Cuando se sintieron descubiertos por varios compañeros de la Escuela Militar, abandonaron el país con sus familias completas. Hoy, después de más de un año de sucedido el hecho, todavía se desconoce su paradero. Se cree que viven como millonarios en algún país vecino.

En la lucha contra el tráfico de drogas, otros militares han sido menos "afortunados". A mediados de septiembre de 1990, una patrulla del Batallón Colombia encontró tres toneladas de cocaína en la hacienda La Moneda, en Cauca. Los dos oficiales y siete suboficiales que llevaban el mando, se prestaron para que los dueños del cargamento cambiaran el alcaloide por sal, bajo la promesa del pago de un dinero. Todos ellos fueron descubiertos gracias a la monitoría que se hizo a las conversaciones radiales de los capos. Sometidos luego a Consejo de Guerra, terminaron en la cárcel pagando su delito. Hoy, ya fuera del servicio activo, aún buscan a los responsables de su desgracia, que no les pagaron ni un solo peso.

Pienso en los compañeros de armas que han olvidado su juramento y se han vinculado a los ejércitos de sicarios de los narcotraficantes y comprendo que ellos, con el paso del tiempo, se han convertido en piezas claves dentro del engranaje de esas organizaciones. En efecto, las diferentes bandas de narcotraficantes requieren de un elemento que garantice la seguridad de los capos en sus desplazamientos, en sus operaciones y en su vida privada y que haga su trabajo con secreto y discreción. Ese papel lo han desempeñado muchos oficiales retirados del Ejército y la Policía que conservan amistades en las filas, conocen el *modus operandi* de las autoridades y obviamente están obligados a mantener la discreción por respeto a sus familias.

Las infiltraciones no sólo se han presentado en la jurisdicción de la Cuarta Brigada. En la Décimacuarta Brigada, con sede en Puerto Berrío, en septiembre de

1990, se
narcotra
llas milit
naban co
cuando a
los Ocho
las ferias
pesaba
de la Re
encontró
de Opera
quien les
retirado

Hab
Pérez, c
Medio y
marzo d
para las
Escobar
mos de
cincuent
este ser
Medio, c
crearon
"Movim
rra a tod
Pablo E
En
Alba de
Ospina,
de expl
dalena M
días, y a
bajo la

1990, se detectaron algunas infiltraciones, por cuanto los narcotraficantes se enteraban del recorrido de las patrullas militares, y todas las operaciones en su contra terminaban con un fracaso rotundo. Las tropas tenían éxito cuando atacaban los campamentos de las FARC, pero los Ochoa podían pasearse tranquilos con sus caballos en las ferias de Puerto Boyacá, a pesar de que contra ellos pesaban varias órdenes de captura dictadas por jueces de la República. Hechas las investigaciones del caso se encontró que el teniente coronel Gómez Parra, Oficial de Operaciones de esa Brigada y tercero en el mando, era quien les daba la información. Obviamente el oficial fue retirado abruptamente del servicio.

Hablando sobre el mismo problema, Henry de Jesús Pérez, comandante de las Autodefensas del Magdalena Medio y enemigo acérrimo de Pablo Escobar, decía en marzo de 1991, pocos meses antes de su muerte, que para las autoridades era imposible dar con el paradero de Escobar porque el cincuenta por ciento de los organismos de seguridad del Estado lo combatían y el otro cincuenta por ciento lo protegían. Como resultado de este sentimiento, las Autodefensas del Magdalena Medio, con la colaboración de varios oficiales retirados, crearon y promovieron un movimiento que se llamó "Movimiento Moral Militar 3M" y le declararon la guerra a todos los oficiales y suboficiales que favorecieran a Pablo Escobar Gaviria.

En los primeros días de febrero de 1991, el teniente Alba de la Hoz, del Batallón de Ingenieros Pedro Nel Ospina, viajó al Magdalena Medio a evaluar un trabajo de explotación de canteras. Las Autodefensas del Magdalena Medio lo tuvieron en un calabozo durante quince días, y allí fue sometido a largos y fuertes interrogatorios bajo la sospecha de formar partido con Pablo Escobar

Como no descubrieron nada, lo pusieron en libertad después de entregarle un comunicado que decía así:

Movimiento Moral Militar 3-M

El país está sufriendo un fenómeno de descomposición causado por las infiltraciones del narcotráfico al interior de las Fuerzas Armadas. Por este motivo nos hemos reunido miembros de las Fuerzas Armadas en servicio activo, en uso de buen retiro, víctimas del terrorismo del narcotráfico, de los asesinatos indiscriminados, y hemos decidido tomar una actitud valerosa para denunciar a la prensa y al país a quienes desde el interior de las Organizaciones de Seguridad del Estado, apoyan y protegen al narcoterrorismo encabezado por el criminal demente Pablo Escobar Gaviria.

Daremos nombres propios y pruebas de todos los inmorales que apoyan el terrorismo, lo alimentan y lo afirman desde el mismo Estado y que son más asesinos y más culpables que el mismo Escobar Gaviria, por cuanto han hecho juramentos para defender la patria y servir a la ciudadanía y los han violado, convirtiéndose en sicarios físicos y morales de inermes colombianos. Han traicionado el honor de nuestras instituciones enlodando todas las tradiciones que se nos inculcan en las escuelas de formación y vendiendo sus conciencias por unos míseros billetes llenos de sangre.

No nos temblará la mano para señalar a nadie, sea el grado que sea, ya que estamos convencidos que sólo mediante la depuración de nuestras instituciones por nosotros mismos, se puede lograr acabar con el narcoterrorismo que tanto daño hace al país. No se puede seguir con la actual situación en la cual la mitad de nosotros persigue los criminales mientras la otra mitad los protege.

po
br
si
in
co
rel
ric
de
ma
ma
Po
¡Pa
Co
La:
bases só
nismos
gado a t
les", ent
numero:
bando. E
del carte
los capo
retirados
Mónaco
Pablo E
cartel de
Germán
Estrada
dinamita
Una
cinco m
Bedoya F

Mama Coca
El Dapel de la Coca

Hoy hacemos entrega del primer oficial retenido por nuestra organización cuando en compañía de hombres de Escobar participaba en negociaciones de explosivos. Sus comandantes, quienes le enviaron, deben ser investigados más cuando ellos dan una versión interna completamente distinta a la que manifiesta el oficial retenido. Adjuntamos a la prensa copia del interrogatorio gravado (sic) en el cual el oficial manifiesta su versión de lo ocurrido que difiere totalmente de lo que sus comandantes han llevado como justificación ante sus mandos superiores.

Por unas Fuerzas Armadas dignas
¡Patria, honor, deber!
Comando Movimiento Tres Emes.

Las denuncias del movimiento Tres Emes tenían bases sólidas. La infiltración del narcotráfico en los organismos de seguridad y en las filas del Ejército había llegado a tal punto que en la llamada "Guerra entre carteles", entre el cartel de Medellín y el de Cali, participaron numerosos militares retirados, pagados por uno u otro bando. El mayor Villegas, por ejemplo, jefe de seguridad del cartel de Medellín, recibió medio millón de pesos de los capos por conseguir las fotografías de los militares retirados que habían puesto la bomba en el Edificio Mónaco el 13 de enero de 1988. Allí vivía la familia de Pablo Escobar Gaviria. Gracias a esas fotografías, el cartel de Medellín pudo asesinar al teniente (retirado) Germán Espinosa Rubio y al sargento viceprimero Félix Estrada Rodríguez, responsables de colocar la carga de dinamita junto a la residencia de Escobar.

Una prueba más: el día lunes 11 de julio de 1988, cinco militares retirados (el teniente Oscar Mauricio Bedoya Flórez, los sargentos Julio B. Narváez y Gustavo

Bedoya Herrera y los cabos Luis Jesús Caycedo C. y Javier Rodríguez), fueron asesinados en Medellín luego de llegar de Cali para atacar contra miembros del cartel de esta ciudad.

La infiltración de los narcotraficantes en el Ejército y la búsqueda de información sobre las acciones que se planean contra ellos se ha dado no sólo a través de los militares retirados que aceptan trabajar a su servicio. También se ha hecho por métodos violentos que han cobrado víctimas hasta entre los civiles que trabajan con el Ejército. El viernes 16 de septiembre de 1989 salieron invitadas a almorzar Nury Velásquez de Vásquez y Carmen Arregui. La primera era secretaria del comandante de la Brigada y la segunda del jefe del Estado Mayor. El taxi en que regresaban fue abordado bruscamente por un grupo de pistoleros y Nury fue secuestrada. Su cadáver apareció brutalmente desfigurado sobre la carretera Medellín-Bogotá, en cercanías de Marinilla. Nury conocía muchos secretos, por razones de su cargo. Los narcotraficantes, mediante torturas, quisieron conocer muchos de ellos. Buscaban direcciones de oficiales, sus hábitos, y los nombres de quienes más se caracterizaban en la Brigada por su empeño en la lucha contra las drogas.

Unas palabras finales: la retaliación por la bomba en el edificio Mónaco fue el asesinato en Cali, el 18 febrero de 1989, del mayor (retirado) Libardo Gómez Rodríguez. Este oficial prestaba sus servicios como jefe de Seguridad de la cadena Grupo Radial Colombiano, de propiedad de Gustavo Rodríguez Orejuela, primera figura del cartel de Cali. También se presentaron por la época otras muertes de militares que tuvieron que ver con el tráfico de narcóticos. El día 19 de septiembre de 1989 salió a despedirse de su novia el teniente César García Ramírez, oficial de inteligencia de la Policía

Milita
tar su
en un
lo ase
de la E
lectua
"Negr
nido e
narco
del mi
con m
y se ha
"narco

Militar. Al día siguiente salía hacia Tolemaida a adelantar su curso de Lancero. El oficial fue seguido de cerca y en un bar de la carrera setenta, en Medellín, dos sicarios lo asesinaron. En su muerte participó el teniente retirado de la Policía, Hernán González Rodríguez. El autor intelectual del crimen fue Hernando Galeano Barrios, alias el "Negro Galeano", quien días antes había estado detenido en la misma Policía Militar por conexiones con el narcotráfico. En la muerte de García hubo informantes del mismo Batallón. García era un muchacho pobre, que con mucho esfuerzo había alcanzado su grado de oficial y se había distinguido por su lucha obstinada contra los "narcos".